

al rio; su planta enturbió las aguas y hacian que á la superficie subiese el limo que yacia en el fondo del cenagoso cauce, y el limo manchó la azulada corriente.

« Y cuando clamó : « yo soy dueño del rio, yo abrí su cauce, » tendió el Señor sobre él sus redes, y acudieron pueblos de todas las regiones de la tierra é hicieron caer al monstruo en las redes del Eterno.

« Y cuando el Señor le sacó del rio arrojóle sobre la orilla; y cuanto vuela en los aires, cuanto corre ó se arrastra por el polvo, vino á satisfacer su hambre en la carne del monstruo, porque el Eterno se la dió por pasto.

« Sus destrozados miembros palpitantes cubrian montes y valles, su sangre enrojecia las riberas de aquellas aguas donde há poco nadaba orgulloso : en abundancia corria aquella impura sangre : corrió en la cima de los montes y regó los campos y praderas; la tierra, harta de sangre, rehusó beberla arrojándola á los arroyos, y los arroyos se engrosaron con sus ardientes olas.

« Y cuando llegó al fondo del abismo, adonde la cólera divina le habia precipitado, encontró en él á todos los heroes, que antes de sus días habian tambien inmolado á los pueblos á su feroz ambicion : la cuchilla del Señor los habia esterminado en medio de sus víctimas.

« Allí donde todos duermen yacen tambien el Asirio y todos sus guerreros; la misma mano que los hirió les abrió tumba en medio de las rocas sepulcrales : á ella han sido precipitados cuantos fueron terror de los pueblos.

« Allí donde duermen se estienden los floridos campos de Elam<sup>1</sup>, inmensa tumba de multitud de valerosos guerreros que esterminó la cuchilla del Dios de las batallas : allí han sido precipitados cuantos fueron terror de los pueblos.

« En esa misma tumba estan sepultados Mesec, Thubal<sup>2</sup> y sus cohortes; sus restos deshonrados no reposan sobre trofeos de armas, última gloria á que puede aspirar un guerrero vencido; no, los secos huesos entapizan de blanco aquel suelo.

« Orgulloso Faraon tambien á tí te llegó la vez de verte oprimido bajo las plantas de los vencedores, bajo el peso de los poderosos que fueron terror de los pueblos : has muerto en medio de cuanto mató la espada.

« Los soberanos de Edon<sup>3</sup>, caudillos de tantos ejércitos victoriosos yacen en la misma region, en el fondo de los tenebrosos sepulcros á que los hizo

<sup>1</sup> Region del Asia llamada por los Griegos Elymais, y cuyos moradores estuvieron constantemente en guerra con el reino de Judá. — T. F.

<sup>2</sup> Nombres de dos caudillos enemigos de Israel. — T. F.

<sup>3</sup> Region del Asia que los Griegos llamaban Idumea. — T. F.

descender la ira de Dios : cayeron bajo el hierro que hirió á sus cohortes.

« Y con ellos desaparecieron los pueblos de la rica Sidon <sup>1</sup> y sus magníficos príncipes. Con el rumor de la vergüenza en la frente murieron aquellos heroes, porque la derrota era para ellos mas terrible que la muerte, y vencidos sucumbieron en el campo de batalla.

« Aquellas víctimas innumerables inmoladas en los combates recibieron á Faraon en el fondo de los infiernos, lanzando en torno de él desesperados gritos de maldicion.

« Dios destructor, tú has castigado al orgulloso Faraon ; Dios del universo, tu justicia cayó sobre él y sus guerreros : ella esparció en el mundo santo terror. »

Desde lo mas elevado del empireo buscan los ojos de los inmortales en la movible tierra aquella region donde se levanta Jerusalem, y la contemplan con melancólico gozo : pero casi inmediatamente apartan de ella sus miradas los ángeles de la muerte para fijarlos en la mansion de los tormentos. El rumor lejano de sus trompas brama sordamente como las olas del mar, cuando se estrellan contra los peñascos de la costa ; y con voz lúgubre y poderosa envian á Jerusalem estas sombrías palabras.

<sup>1</sup> La fama de la riqueza y magnificencia de esa ciudad del Asia es tan antigua que Homero la celebró ya en sus poemas. — T. F.

« Abismate, ciudad de Dios, abismate : desaparece en medio del tumulto de los combates, en medio de una nube de humo y de un torrente de llamas, tú que has rechazado el brazo protector del Eterno ! ¡ Ciudad de Dios ! conviértete en un monton de ruinas.

« ¡ Jesus ha pronunciado contra tí palabras de muerte ! Roma ejecutará su sentencia, porque el águila esta ansiosa de carnicería ; y ya Dios dirige al guerrero llamado á destruirte : ya la venganza brilla en sus feroces miradas.

« ¡ El arado abre profundos surcos ! ¡ Dios mismo tiene la cuerda que los traza ; Dios mueve la mano que siembra de sal el valle que él visitó consagrándole al mayor de los triunfos ; clamores de victoria resuenan en los campos que el Señor midió !

« ¡ *Queremos la sangre del hijo !* Tal fué el anatema, orgullosa Judá, que tu propia boca hizo descender sobre tí desde el elevado trono, y tus acciones clamaron aun con mas fuerza ; y el caudillo romano te ha oido. ¡ Tú desaparecerás de la tierra, tú serás aniquilada ! »

Como el sabio religioso que á impulsos de la piedad olvida la tumba, ó no se acuerda de ella mas que asociando á su idea la de la resurreccion, ó bien como el viagero que contemplando estasiado el pais que atraviesa ¡ en una mañana de primavera, dirige al Creador sus fervorosas oraciones ;

así los seráfines que guían al séquito del Mesías contemplan su triunfal camino. Los torrentes de luz que arrojan de sí los mas elevados cielos donde innumerables estrellas describen eternas órbitas, se cruzan sin chocarse inundando el aereo camino con tal resplandor, que hasta los querubines mismos caen en santo éxtasis, y sus voces sonando de astros en astros entonan este sublime himno :

« ¡Cantad su gloria, soles y mundos! Y vosotros, silenciosas estrellas, que atravesais el resplandeciente camino que ha escogido para regresar á su padre, repetid con los ecos de vuestros montes los salmos, que la naturaleza entona cuando pasa aquel cuya omnipotencia es superior á todas las alabanzas.

« ¡O naturaleza divina, no te canses de cantar á tu Creador! ¡Inunde tu voz los cielos para glorificarle, y pueda uno de los poderosos rayos del santuario hacer que descendan tus cánticos á los abismos del Cedron y al valle de las palmas!

« Océanos de la luna, océanos de la tierra, haced oír los bramidos de vuestras olas; elévense y reúnanse con la armonía estelar, como el mismo alien-to que mece los ramos del palmero conduce el suave sonido de las arpas hácia las regiones donde la aterradora trompeta acompaña á los salmos de los inmortales.

« ¡Cuan imponente y magestuosa es vuestra

eterna marcha, legiones de astros, cuyo número solo Dios conoce! Cuan deslumbradores vuestros rayos que para anunciar al trono la gloria del Salvador, se unen y confunden con los de la divina luz, terrible guarda del santuario de los cielos.

« ¡Por tí, hijo Eterno, entona el universo himnos de gratitud y admiracion; por tí, fuente de toda bienaventuranza; por tí santo de los santos, manantial inagotable de alegría y de felicidad, por tí que has revelado á tus criaturas el camino de la salvacion!

« Tú las guías por las sendas del laberinto hasta las inefables delicias de las eternas recompensas. Sí, el Salvador guiará á sus elegidos en los sombríos laberintos de la vida durante los siglos de los siglos. »

Callaron los seráfines, mas el eco suave de sus voces y el sonido de sus arpas estendiéndose por el aire, que acaban de herir en el espacio, llenan los ámbitos de este con un vago rumor semejante á la armonía misteriosa de los bosques cuando brama en ellos el lejano torrente arrastrándose en los peñascos; cuando de espeso matorral mana la fuente impetuosa; cuando la acelerada corriente de los arroyos serpentea en pedregoso cauce entre zarzas y arbustos; cuando el viento del oeste agita las hojas del olmo ó encorva el elástico tronco de la mimbre. Dulce concierto de las melodías de la na-

turaliza, cuando blandamente halagas los oídos de la joven doncella imagina esta escuchar la música de sus bodas.

Continuaba el acompañamiento subiendo por su camino cerca del cual una de las estrellas que acompaña al sol acababa de llegar al punto de lo infinito señalado para su transformación. Convulsivo temblor se apodera de ella y la estremece de polo á polo : ábrese el suelo y se hunde; estallan las montañas vomitando llamas; las aguas se enfurecen, hierven, y se deshacen en abrasados vapores. Hasta para los ángeles es horrible aquel desorden, en medio del cual las fuerzas primitivas que al parecer obran sin concierto ni ley esparcen la semilla de una nueva creación, semilla que germinando en el acto engendra nuevos mundos.

Algunos de los justos resucitados, que los rayos de Sirio sostenían, cantaron este himno á la gloria del Redentor :

« Sagrado amor del Hijo, tú eres la bienaventuranza de los cielos. Tú diste á la razón su antorcha divina, al sentimiento su celeste fuego. Tú eres el día que amanece para no ocultarse nunca en el Océano, el eterno día de los bienaventurados.

« Ángel del trono á quien el Eterno ha encomendado el cargo de dirigir la triunfante marcha de su Hijo por la inmensidad de los cielos : también para nosotros, elegidos de Cristo, has desplegado tus

poderosas alas : también delante de nosotros agitas las palmas del triunfo.

« Ángel del trono que vuelas sirviéndonos de guía, dínos quien es aquel á quien las legiones de los astros saludan deteniéndose en su presencia ; quien es aquel para quien resuenan todas las armonías celestiales, y á quien el abismo reconoce como soberano retrocediendo ante él. Ángel del trono, dínos quién es.

« Es la víctima del altar de Gólgota, es el Mesías que por vosotros ha padecido sed, vergüenza y todos los tormentos de la más terrible de las muertes, de la más terrible, sí, porque en el instante supremo hasta su mismo Padre le abandonó ! Ángel del trono, tú lo has dicho, sí, él es.

« Torrentes de luz, precipitaos para salir al encuentro de la muda y temerosa multitud que de la tenebrosa profundidad de la tierra se levanta y viene á aumentar este piadoso acompañamiento. Murmurad, celestes armonías, más blandamente preparando á los reciénvenidos á la contemplación del Hijo en su gloria divina.

« ¡ Ángel del trono, tú has proclamado en todo el Universo el día del triunfo, el día del regreso de Cristo al trono eterno ! Vosotros todos los que aun gemís en los lazos de la terrena vida apresuraos, si Dios se digna permitirlo, á dejar vuestra cárcel

de barro, y venid á contemplar al Hijo en su gloria inmortal.

« Él es el dueño y absoluto soberano. Diríjanse á él todas las preces, porque él es quien envia de mundo en mundo un angel que atiende á los ruegos de los infelices : él es quien envia á un angel así á las mas altas regiones como á los mas profundos abismos, para que en todas partes derrame las bienaventuranzas que él solo puede dar.

« Los torrentes de luz y el eco de los cantos del séquito triunfal han llegado hasta vosotros, habitantes de la remota estrella, que á tal altura se ha elevado que ya está fuera del alcance de la vista de los hijos de la tierra.

« Él es el dueño y soberano absoluto. Dirigid á él vuestras preces, porque él es quien envia de mundo en mundo un angel que atiende á los ruegos de los infelices : él es quien envia un angel así á las mas altas regiones como á los mas profundos abismos, para que en todas partes derrame las bienaventuranzas que él solo puede dar.

« ¡ O delicia inefable ! ved como brilla el Hijo divino en medio de los ángeles, en medio de los resucitados que su sangre redimió, que su sangre despertó, que su sangre trasfiguró antes del dia del juicio universal.

« ¡ O tú, cuyo ser no tuvo principio ! ¿ Por qué senda celestial has hecho caminar á tu Hijo en el

laberinto de la muerte ? Su marcha triunfante empezó en los confines del sepulcro. Ya salió de las tinieblas que oscurecieron su agonía, el Hijo del Eterno.

« En el océano de la creacion, allí donde la ola que se convierte en montaña va á tomar asiento en la orilla, allí, divino Mesías, mora tu pueblo; pueblo que no habiendo pecado no habia menester la sangre de la redencion, y sin embargo por él corrió esa sangre ; y tú le santificaste con tu bendicion.

« Y para siempre se borró de nosotros el pecado cuya voz acusadora, reducida á silencio, no penetrará en adelante en los pórticos de la morada de los ángeles, ni llegará á los oídos del Juez supremo pidiéndole venganza.

« Terrible y atronador era el acento de aquella voz y sùtiles los oídos del Juez : pero clamando el Mesías *consumado está*, sonaron en torno del altar del sacrificio cánticos de victoria ; y al oír la voz tonante del Hijo enmudeció el pecado para siempre.

« Cristianos, como vosotros cantamos los ángeles al pie del trono las glorias de Cristo. Donde quiera que el arbol de la salud tienda para vosotros su sagrada sombra, tambien á nosotros nos acogerá ; cuando quiera que el manantial de la salud brote para vosotros tambien satisfará nuestra sed.

« ¡Criaturas de los pasados tiempos, vosotras conocisteis el terror de los réprobos! Al huir de Horeb <sup>1</sup> corrieron por vuestras megillas abrasadoras lágrimas, lágrimas de sangre, porque la mano del Juez os había herido.

« Mas nosotros... nosotros nunca temblamos á la orilla del precipicio donde yacen la muerte y la condenacion, donde los platos de la balanza chocan uno con otro, donde lleno en demasía se derrama el caliz de la cólera divina. Nosotros nunca sentimos las terribles angustias del naufrago á quien la misma irritada ola que al parecer iba á estrellarle contra las rocas de la costa le arroja en una playa florida. »

Otros coros entonaron nuevos himnos. Nada hay en la tierra comparable á los celestiales cantos: mas dulces son que la voz del amor; mas solemnes que los suspiros del moribundo que ya comienza á ver los cielos donde se le aguarda; mas entusiasta que los clamores de alegría del resucitado cuando sale del sepulcro.

El aereo acompañamiento ha llegado á la feliz estrella habitada por aquel linage de hombres que no habiéndose nunca envilecido con el pecado es-

<sup>1</sup> Montaña de la Arabia Petrea de la cual salió Moisés, que con su pueblo se había establecido en ella, por disposición del Altísimo. Deuteronomio, I. — T. F.

tán exentos de pagar tributo á la muerte <sup>1</sup>. Aquellos inmortales, viendo pasar sobre su planeta al Mesías y á los resucitados, comenzaron á reunirse en apiñados grupos que pronto se convirtieron en compacta muchedumbre. En medio de ella se ve al padre de aquel linage que volviendo los ojos al cielo y clamando: « El Redentor, » cayó de rodillas; sus innumerables hijos postráronse á su lado, y de bosque en bosque, de montaña en montaña repitió el eco: « El Redentor, el Redentor. » Entre aquellos hombres se halla Toa <sup>2</sup>, á quien el Salvador sacó de los sombríos valles de la muerte para traerlo á aquella dichosa morada donde el pecador perdonado siente con mayor intensidad el gozo de la recobrada inmortalidad. Lleno Toa de gratitud unió su voz á la de los habitantes de la feliz estrella clamando con ellos: « El Redentor, el Redentor. »

Mientras que el Hijo del Eterno escucha los salmos de los elegidos y los recompensa sumiéndolos

<sup>1</sup> Alude Klopstock á la raza ó linage de hombres inmortales que tan bellamente ha descrito en el canto V, pág. 184 y siguientes del tomo I. — T. F.

<sup>2</sup> El mancebo inmortal de quien se habla en este pasaje es el mismo á quien en el canto XVI, pág. 246 de este tomo II. presenta Klopstock entre las almas juzgadas por Cristo en el monte Tabor. Entonces nos dijo el poeta el severo castigo que á su culpa se impuso: ahora supone sin duda que obtuvo misericordia, pues nos lo muestra de regreso á su nativa estrella y en medio de su familia. — T. F.

en dulces éstasis, levántase de la tierra la voz de dos mortales, quienes habiendo visto á los resucitados están iniciados en los secretos de los cielos. El Dios reconciliado, y el Dios reconciliador se dignaron escucharlos. Magestuosos árboles protegen con su sombra á los dos futuros cristianos; el céfiro embalsamado los halaga blandamente; y el murmullo de un arroyo sirve de acompañamiento á la dulce voz de una esposa que con amor constante ama primero á su Dios, y despues al compañero que aquel le dió para este mundo. Así cantó la esposa :

« Lánzate, ó alma mia, tú á quien el Eterno ha creado para el reino de la luz; tú, á quien él ha redimido. Une tus tímidos acentos á los del coro de resucitados que en los cielos le acompañan, que tambien la voz de aquellos fué, mientras habitaron en la tierra, trémula é incierta como la tuya. »

Arboles magestuosos protegen con su sombra á los dos futuros cristianos; el céfiro embalsamado los halaga blandamente, y el murmullo de un arroyo sirve de acompañamiento á la dulce voz del esposo, que con amor constante ama primero á su Dios, y despues á la compañera que aquel le dió para este mundo. Así cantó el esposo :

« ¡ O tú, el mas santo de los santos que eres y serás por tu propia virtud! En rededor de tu trono celebran tu gloria los astros que creaste de la nada,

mientras describen sus inmensas órbitas. Lejos de tu trono uno de los débiles átomos de tu creacion se humilla en el polvo, y procura explicar su admiracion y gratitud sabiendo que tú le oyes aun cuando te habla desde el seno del tenebroso valle de las tumbas.

« En medio de los solemnes salmos de las legiones de estrellas mi humilde oracion llega hasta tí, fuente de la luz y bienaventuranzas celestiales, hasta tí que al través de sombríos laberintos nos conduces hasta el pié del trono donde reinas como soberano que eres.

« Santo de los santos, Dios infinito, el canto de éstasis y de felicidad que te dirijo, penetra en las tinieblas que me separan del cielo, y se une á los salmos de tu brillante acompañamiento. Tú escuchas los votos que me atrevo á explicar; y adivinas aquellos que mi pensamiento no osa formular.

« Dios de bondad, no apartes nunca tus protectoras miradas de los esclavos de la muerte: agota el manantial de las amargas lágrimas que en este valle derraman. Si tu inmutable sabiduría dispuso que las penas y desdichas sean único patrimonio de este gusano, ármale de santa resignacion, y guíale hasta el pié del trono donde la contemplacion de tu divinidad será su recompensa. »

Calló abrumado bajo el peso de su insólita emo-

cion : mas pronto reanimado por su piadoso celo volvió á cantar en voz mas fuerte :

« La voz del mas humilde de tus hijos suena inapercibida en la tierra, pero aquel que escucha á los celestiales coros la oye en medio de sus melodiosos acentos, como á la hoja que en el arbol se estremece cuando el eco de los montes repite los bramidos del trueno, cuando el torrente derrama sus espumantes olas sobre la verde alfombra de los prados.

« Arpa consagrada al Señor, despierta, sigue el vuelo de los celestes cantos; y sea el tuyo un himno á la gloria de aquel á quien celebran la armonía de los astros y el santo éstasis de los arcángeles. Y vosotros mis trémulos labios suspirad sus alabanzas; hacedlas resonar en el espacio infinito, hacedlas resonar tambien en el polvo. ¿Mas cual de sus beneficios habré de cantar primero? ¿con cual de ellos terminaré mis cantos?

« Celebrarte, Salvador del mundo, es gozar anticipadamente las delicias del cielo, mas ¡ay! ¡quien podrá desempeñar dignamente tan noble é inmensa tarea!

« El pensamiento se confunde cuando quiere elevarse hasta la inmensidad de tu gloria : la imagen que de ella se atrevió á formar se cubre de santas tinieblas desapareciendo como los encantados paisajes que al salir el sol se dibujan en la atmósfera, y se disipan luego que el astro se levanta sobre el

horizonte. Santas tinieblas velan la imagen que me atreví á formar de tu gloria, y sin embargo te cantaré escuchando el eco de los celestiales coros, y repitiéndolo en la tierra con piadoso estremecimiento.

« ¿Quién á tí se asemeja? ¿Quién á tí puede compararse, Dios poderoso? ¡Tú concebiste la existencia antes de darles á tus innumerables criaturas las sensaciones, los pensamientos, el destino! Tu mano arrojó la semilla de la creacion en lo infinito, y despues la dividió, y despues la cubrió con numerosas capas de siglos para que germinando madurase tan divina semilla.

« Y cuando hayan pasado los siglos de los siglos empezará la eterna cosecha del trono, habrá la creacion llegado al término de su carrera y conseguido el fin de su existencia; y así el dolor como la alegría nos conducirán al reino de la luz.

« Y lo mismo el que ha llorado que el que se regocijó comprenderán que cuanto les parecia noche y misterio preparaba su eterna salud.

« Pero antes de que llegues, dia del desenlace de la creacion, habrá el hombre de padecer en la tierra como flor que se agosta en árido suelo, y habrá de sentir temblando que la muerte y la destruccion van á herirle! Las lágrimas y sollozos harán que olvide el objeto de su peregrinacion por la tierra cuando debiera tener siempre presente que Dios



predestinó al hombre para la felicidad eterna, y que su voluntad ha de cumplirse. Sí, se cumplirá tu libertad bienhechora, ó soberano del mundo. ¡Ay! ¡porqué no puede la tierra responder mas que con suspiros y lamentos á los clamores de alegría de los cielos! ¡Porqué desde el valle de las tumbas han de elevarse continuamente tristes y lastimeras voces á las regiones donde los suaves acentos de las arpas acompañan á la voz de los ángeles y á los cantos de gratitud, solo por lágrimas de alegría interrumpidos! »

Entonces algunos querubines y resucitados entonaron el cántico de la ruina de Babilonia; y el coro de los resucitados cantó ante el Redentor de esta manera :

« ¡Sombrío y terrible es el dia del juicio del Eterno! La muerte apresura sus ferreos pasos, la tempestad su vuelo destructor; proféticas nubes las preceden, y Dios realiza las profecías de las nubes.

« ¡Húndese la soberbia Babilonia, tierras y mares tiemblan al estrépito de su caída, el rayo cruza los cielos! Cumplióse la voluntad del Eterno, y la terrible trompeta que anunciaba el dia de la justicia dejó de sonar en la estremecida llanura.

« Hundióse la soberbia Babilonia. ¿Será tan terrible dia el último de los eslabones de la cadena

de los tiempos? ¡Ya Babilonia no es mas que un monton de ruinas! ¡Desdichada de tí, orgullosa ciudad que descienes á la inflamada sima! »

Querubines y resucitados entonaron el cántico de la ruina de Babilonia; y así cantó el coro de los querubines :

« ¡Ya se abisma y desaparece la gran Babilonia! Ya fermenta hirviendo el veneno mortal que en engañosa copa ofrecia á los mortales la ciudad maldita. ¡Para tí, Babilonia, llenó el renumerador completamente el caliz del juicio supremo!

« Demasiado tiempo, ciudad ahora destruida, se embriagó el universo con tu pérfida copa : en ella bebió la seducción, el vértigo, la rabia y la muerte! ¡Sonó la hora de la venganza : el Eterno derramó sobre tí el caliz de su ira, y espiraste en tu embriaguez! »

Los bienaventurados que ya cumplieron el glorioso destino del martirio celebraron así aquel dia de la primera resurreccion :

« Aquellos á quienes Dios se digna vengar pasan de los tenebrosos valles de la tierra al reino de la luz revestidos con la blanca túnica de la salvacion, y esplendentes como los astros, porque Dios se digna vengarlos!

« Aquellos cuya sangre corrió con la del Redentor, reciben la recompensa á que él los destina. A

su gloria y poder los asocia aquel Dios que pereció en la cruz á manos de crueles verdugos. Sépalo en fin y enmudezca la tierra de temor y sorpresa. ¡Todos aquellos á quienes rechace y sacrifique porque no quieran quemar el incienso á Dios debido en las aras de Satan, tendrán asiento en redor del trono del Eterno y con él reinarán sobre los orbes! »

Solitaria, desconocida y lejos de las islas que se proclaman soberanas de los mares, se oculta Patmos entre las espumantes olas que la circuyen. Un día en sus orillas desiertas oirá sonar á la temida trompeta el discípulo encargado de anunciar á los futuros tiempos la mas misteriosa de las revelaciones de su divino maestro. A la sombra de los bosques de la dichosa isla, se dignará el Hombre-Dios aparecerse en medio de siete candeleros de oro, vestido de una ropa talar, ceñido por los pechos con una cinta de oro, cubierta la cabeza por una cabellera mas blanca que la nieve. Resplandecerá su rostro como el sol, llamas de fuego serán sus ojos; de bronce incandescente sus plantas, saldrá de su boca una espada aguda de dos filos, y en la diestra llevará siete estrellas. Y lleno de terror caerá el profeta ante sus pies como muerto: mas el Juez del universo imponiendo su diestra sobre él se dignará hablarle.

Entonces no juzgará el Señor al universo, mas

pronunciará la primera sentencia de las siete iglesias, sentencia llena de misericordia<sup>1</sup>.

Largos tiempos hace que los ángeles y los patriarcas presienten aquella sentencia de misericordia, y los cánticos que dirigen al Dios clemente expresan la dulce certidumbre en que se hallan de que de las primeras iglesias han de nacer para la vida eterna hijos tan numerosos como las gotas del rocío de la mañana; así como de que Jesus velará sobre todos con mas inagotable ternura que la de la mejor de las madres hácia su tierna familia. El corazón de una madre llega á endurecerse para sus hijos si son demasiado culpables: pero el amor y la misericordia de Cristo no tienen límites.

Y los ángeles y los patriarcas cantaron:

« ¡Efeso<sup>2</sup>! desdichada Efeso, vuelve á tu fervor primero: tu caída fué muy honda; levántate ó derribado será tu candelabro y apagada su llama.

« Gloria á tí, divino Mediador, que tienes eternas recompensas para el caído que se levanta. Tú le elevas sobre las ruinas del torrente cuyas cristalinias aguas que nacen al pie de tu trono, riegan las raíces del árbol de la vida. Tú le permites sentarse

<sup>1</sup> Este pasaje es una imitación ó mas bien copia del capítulo I del Apocalipsis. — T. E.

<sup>2</sup> Una de las siete primeras iglesias establecidas todas en las ciudades del Asia, que á continuación se enumeran: Efeso, Esmirna, Pergamo, Thyatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea. — T. F.

á la sombra de aquel arbol y coger sus frutos.»

Otro coro que volaba en las mas altas regiones hizo sonar enérgicamente las arpas de oro y cantó con la exaltacion del éstasis :

« Dignos son de tí, Hijo del Eterno, tus hijos de Esmirna que burlando la cautividad y la ignominia, padecen alegres siéndote fieles hasta la muerte. La corona del martirio los espera. »

Y un coro de resucitados cantó en voz dulcemente lastimera :

« ¡ Cuan digna de envidia es tu gloria, ó Pergamo! En tu seno caerá bañado en sangre, morirá por su Dios el mártir Antipas. Inmortales, glorificad ese nombre; repetid en alta voz : ¡ Antipas, Antipas!

« Mas hay entre los tuyos, ó Pergamo, algunos que semejantes á Balac <sup>1</sup>, causan grande escándalo. El maná escondido no alimenta mas que á los fleles, y de ellos solos darán un dia testimonio los cielos. »

Y un coro de ángeles cantó en voz dulcemente lastimera :

« Tienes, Tiatira, la fe y el amor; valerosa eres, caritativa y paciente: pero toleras que una pérfida

<sup>1</sup> Rey de los Moabitas, que mandó á Balan que maldijese al pueblo de Israel. — T. F.

muger <sup>1</sup>, que se dice profetisa, seduzca á los débiles, é induzca en tentacion á los fuertes. No olvides que tu Juez escudriña las entrañas y los corazones.

« Aquel que fuere hallado puro y sin mancha reinará con el Salvador sobre todas las naciones; llevará en su mano cetro de bronce, y ceñirá su frente con corona de estrellas. »

A los estrepitosos cánticos, á las dulces melodias de las arpas, al terrible sonar de las trompetas, siguió repentinamente melancólico silencio. Solas algunas aisladas voces llegan al Mesías pidiendo misericordia.

« ¡ Juez del Universo, apiádate de Sardis! Ha muerto la desdichada Sardis, y las ilusiones que la perdieron la persuaden tambien de que aún vive. Apiádate de ella, Mediador divino.

« Despiértate del sueño de la muerte, desdichada Sardis: ya truena á lo lejos la amenazadora voz del Juez supremo. Su vuelo es rápido; escucha esa terrible voz que despierta á los muertos!

« ¡ Recibirá el vencedor blanca túnica, brillará su nombre en el libro que en el último dia del mundo ha de designar á los elegidos; y pronun-

<sup>1</sup> Jezabel. Klopstock hace en todo este pasage una paráfrasis de las palabras que San Juan, en su Apocalipsis, dirige á todas y á cada una de las siete iglesias. — T. E.